



NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN

Pedimos a Dios una intervención *positiva* suya: hacer que la tentación se resuelva con una victoria de nuestra parte, apelando a su misericordia y a su fidelidad y a su poder que, cuando llegue la tentación, impida que seamos derrotados. El *permite* la tentación, pero *quiere* que sus hijos salgan victoriosos de ella.

Esta distinción se halla implícita en la oración de Jesús: «*No te pido que los saques del mundo, sino que los defiendas del Maligno*» (Jn 17, 15). Los discípulos, al quedarse en el mundo, están expuestos a las asechanzas del Maligno, a la hostilidad activa del «Príncipe de este mundo» (cf. 12, 31; 14, 30; 16, 22; cf. Ef. 6,12): el Padre *permite* que sus hijos sean tentados, pero *no quiere* que se pierdan (cf. Jn 6, 39; 10, 28-29; 17, 11.12); al contrario, *quiere* defenderlos del Maligno, concederles la victoria sobre el tentador.

La confianza del orante nace de su convicción de que Dios, que ha comenzado en él Su obra evangélica, *quiere* llevarla a feliz término hasta el día glorioso de Cristo, el Señor (cf. Fil 1, 6). Se apoya en la certidumbre de que el poder del Tentador está *condicionado* al permiso de Dios y se desarrolla en una situación en la que el poder de Dios saldrá victorioso en Cristo Jesús (cf. Rom 8, 37-39; 1 Cor 15, 24-28; Ef 1, 19ss; Col 2, 15): «*Si yo expulso los demonios en el poder del Espíritu de Dios, es que ha llegado a vosotros el reino de Dios. ¿Cómo puede entrar uno en casa de un hombre fuerte y saquear su ajuar, si no lo ata primero? Sólo entonces podrá saquear su casa*» (Mt 12, 28-29 = Lc 11, 20-22; y también Mc 3, 27). «*Es ahora cuando el mundo va a ser juzgado; es ahora cuando el que tiraniza a este mundo va a ser arrojado fuera...*» (Jn 12, 31; cf. 14, 30; 16, 11). «*En el mundo encontraréis dificultades y tendréis que sufrir; pero tened ánimo: yo he vencido al mundo*» (Jn 16, 33; cf. 1 Jn 2, 13.14; 5, 4.5.18-19).

«*Revestíos de las armas que os ofrece Dios, para que podáis resistir a las asechanzas del diablo*». «*Hacedle frente con la firmeza de la fe*» (1 Pe 5, 9). «*Velad y orad, para que podáis hacer frente a la tentación*»: el discípulo debe orar, para que el Padre, que ha hecho nacer la fe en su corazón, la consolide y le permita vencer las asechanzas del enemigo contra su fe en Cristo y su identidad evangélica. Este es el sentido fundamental de esta petición del Padre Nuestro.

b. «*No nos hagas entrar en...*»

«*Que nadie, al verse incitado a pecar, diga: Es Dios quien me está incitando a pecar. Porque nadie puede incitar a Dios para que haga el mal, Y El no incita a nadie a pecar*» (Sant 1, 13). Una *tentación* como el «peirasmós», cuya finalidad es matar la fe en la mente y en el corazón de los discípulos, no puede atribuirse a una causalidad divina. ¿Qué queremos decir cuando pedimos al Padre que «no nos haga entrar en una tentación

«*Entrar en una tentación*»

«*Entrar en tentación*» es análogo a «*hacer entrar en tentación*». La diferencia se refiere a los actores: en Getsemaní esas palabras se dirigen a los *discípulos*, en el Padre Nuestro se dirigen a Dios.

Jesús en Getsemaní no trata de evitar a los discípulos la tentación, sino que, cuando esa tentación les llegue, no sucumban. Los discípulos deben rezar, no para que Dios los *preserve de la tentación*, sino para que los *auxilie en la tentación*.

Jesús predice que el «peirasmós» ciertamente vendrá: los apóstoles sucumbirán por causa suya (Mc 14, 27 = Mt 26, 31); Satanás ha pedido «zarandearlos como al trigo» (Lc 22, 31); Jesús mismo oró para que la fe de Pedro no se apagase por completo (Lc 22, 32); Pedro lo negará tres veces (Mc 14, 29-30 = Mt 26, 33-34; Lc 22, 33-34), se arrepentirá en un segundo momento y tendrá la misión de confirmar la fe vacilante de sus hermanos (Lc 22,32).

La recomendación de Jesús tiene este significado: está a punto de caer sobre vosotros una tentación; estad vigilantes, para que no os coja desprevenidos; orad para manteneros fieles y no dejaros vencer por ella, para no ceder a su seducción, para no caer en la trampa, en el lazo tendido insidiosamente contra vuestra fe.

«Entrar en tentación» es *consentir en el mal que una tentación ofrece y perderse*. El origen de esa locución se encuentra en la analogía con una *trampa*, un *lazo* o una *red*. El que «entra en una trampa» es alguien que «cae en una trampa», que sucumbe ante la asechanza que le han tendido, dejándose *atrapar*.

En esta analogía pensaba san Pablo cuando escribía: «*Dios es fiel; y no permitirá que seáis tentados por encima de vuestras fuerzas; al contrario, con la tentación os proporcionará una vía de salida y os dará la fuerza necesaria para superarla*» (1 Cor 10, 13).

Si la victoria sobre la tentación se concibe como una salida», la derrota tiene lugar cuando el creyente «*entra en la tentación*» y cae realmente en la trampa: «*Los que quieren enriquecerse caen en trampas y tentaciones...*» (1 Tim 6, 9)

Cuando alguien cede a la seducción maligna de la tentación y se deja vencer por ella, se puede decir de él que «ha entrado en la tentación»: su pérdida es concebida como un «caer dentro del lazo», como un «dejarse coger en la trampa».

En la oración del Padre Nuestro «no nos hagas entrar en tentación», el discípulo no pide *no ser tentado*, sino *ser protegido cuando llegue la tentación*. El «peirasmón» vendrá sin falta, ya que es inherente a la dinámica de nuestra fe, dada la debilidad de nuestra «carne» (cf. Mc 14, 38; 2 Cor 5, 4.6) y la hostilidad del Tentador (Cf. Mt 13, 24-30.36-43; Lc 8,12-13; 1 Pe 5, 8). Lo que podemos y debemos hacer es pedir al Padre que, cuando llegue la tentación, nos dé una «vía de salida» y la victoria (cf. 1 Cor 10 13), que confirme nuestra fe amenazada (cf. 1 Pe 5, 9); que nos revista de su «armadura» para que podamos «resistir las asechanzas del diablo» (Ef 6,10-11); y que nos conceda la gracia de «perseverar hasta el fin» (cf. Mt 24,13; Lc 21,19;1 Tes 5, 23).

La fórmula del Padre Nuestro

La oración del Padre Nuestro nos hace dirigirnos al Dios santo y bueno para pedirle: «No nos hagas entrar en tentación».

El Padre Nuestro fue enseñado y rezado en *hebreo*; en esta lengua, las *locuciones causales* en forma *negativa* siguen una lógica propia según la cual la negación no se dirige a la *causa* sino al *efecto*. El sentido correcto es éste: «hacer que algo no suceda»; y no, como podría hacerlo creer una traducción servil: «no hacer que algo suceda». (Cf. 1 Re 2, 6; Sal 37, 32-33; 119, 133; 141, 3-4)

En la fórmula del Padre Nuestro: la locución griega suena, materialmente, como una oración en la que se pide a Dios que «no nos haga entrar en tentación»; pero en la mentalidad semita de aquellos primeros cristianos, dicha fórmula no planteaba ningún problema teológico, dado que lo que hacía era invitarlos a orar, según la peculiaridad de su lengua, diciendo: «haz que no entremos en tentación». Ese fue el sentido de la oración en la forma original en que Jesús la enseñó.